

PROSA Y VERSO

Periodico literario



Redacción y Administración: Pedro de la Gasca, 7

Año II.—Segunda época.—Núm. 24.

AVILA 15 DE FEBRERO DE 1908

NUESTROS COLABORADORES



Luis Crespo.

SUMARIO

Entre sábados, por Nancloares.—Rimas de salón, por Manuel Pinillos Serrano.—Desde Madrid, por Luis Gonzalez Nuñez.—Bibliografía, por Luis Crespo.—De la vida del corazón, por Bonifacio Chamorro.—Luis Crespo, por Federico Pérez Olarría.—Ecos de sociedad, por Carrizo.—Pica-dillo—Apartado de "Prosa y Verso," por El Cartero.



Por
Nancloares

Estoy escribiendo sobre el caliente mármol de una mesa del café Carita de Arévalo. En algo se ha de distinguir ésta simpática ciudad de las demás del mundo; lo del *frio mármol* no reza con las mesas de éste café, en las que hay un brasero debajo de cada una y se discute al tufillo del cisco armando á veces un cisco de mil demonios en el ardor de la réplica y del brasero. Estos cafés de Arévalo son sumamente confortables; se trata y halaga al parroquiano con amabilidad extrema y si es forastero, entónces, el delirio.

El carácter de ésta gente es genuinamente franco y hospitalario; en las calles se aspira ambiente de alegría, y veo cruzar ante mí muchas mujeres hermosas que me recuerdan, en sus andares y atavíos, las bulliciosas gatitas de Madrid.

Corta, muy corta ha sido nuestra estancia (hemos sido tres los excursionistas); pero en las pocas horas que hemos paseado por éstas calles limpias y bien cuidadas, algo mejores que las de algunas capitales, hemos tenido tiempo de andar casi toda la ciudad y experimentar el abandono en que la tiene el poder central siendo rica de por sí y teniendo que vivir mal por no dar á conocer su riqueza.

Arévalo es digno de mejor suerte. Su gente tiene aspiraciones de vida, como diría uno de nuestros más conspicuos Arangüenas, es una población que *aletea*, pero que no puede remontarse á causa de que la cortan los vuelos la incuria y dejadéz de los que obligadamente debieran darla impulso.

Sus comercios son buenos y bien surtidos; sus establecimientos fabriles bien instalados con maquinarias modernas; sus cafés, ya lo he dicho, son cómodos, espaciosos y bien servidos.

He visitado también el café del buen amigo *Cubo*; tanto en aquel como en éste, disfrutamos de toda

clase de comodidades y nos vemos abrumados de obsequios y complacencias.

El que no conozca ésto, no podrá comprender, juzgando por la capital, que en uno de sus pueblos haya café con ámplios comedores y reservadas independientes tertulias que más bien parecen casinos lujosamente decoradas y un espacioso Casino que ya lo quisiéramos nosotros para los días de fiesta.

Pues bien; con todo esto, y queriendo vivir éste pueblo como viven los pueblos civilizados, va uno oyendo lamentaciones por todas partes. La falta de comunicaciones, la proximidad de Medina, la dejadéz y abandono en que se tiene á ésta población, es causa de que sus mercados se vean sin contratación y por ende su comercio agoniza y sus productos se venden malamente. Pero eso sí, no pierde su peculiar modo de ser en el carácter y en las costumbres de su vida simpática. Dá gloria ver estas mujercitas de quince á veinte y estos jóvenes llenos de entusiasmo para todo. Aquí la naturaleza tiene energías de vida y se revela contra el destino; no sucumbe por apatía aunque fenezca sitiada por necesidad. Hay nervio, hay sangre, hay pensamientos buenos y aires de vida; hay deseos de convivir con el resto de la humanidad y quiere seguir sus corrientes al unísono del concierto mundial.

A mí me gusta ésto. Siento tener que marchar tan pronto, pero apenas damos los últimos tóques á una exuberante y platónica cena, cuando nos avisa el *Pajarito* que el coche está dispuesto para marchar á la estación. De muy buena gana me quedaria en tierra para poder presenciar la boda de la hija de D. Joaquín Ferrero, señorita muy linda y tan amable como su padre, segun las muestras de simpatía que le estaban manifestando esta tarde todas las principales familias de la localidad. Aquella casa parecia un jubileo, según la gran afluencia de personas que acudian á ver el *truseau* de la bella señorita Ferrero.

A éstas horas ya se habrá celebrado su desposorio.

Sea enhorabuena y que se diviertan mucho los invitados entre los que lucirá, como siempre, la hermosa cara de Guadalupe de Vega.



Rimas de salón (1)

Tú sentada á mi lado, anhelante
mi voz escuchabas,
y en los míos fijaban tus ojos
su ardiente mirada....

Qué te dije, no sé, mas al punto

(1) De un libro en preparación con este título.

poniéndote pálida
por tu tersa megilla, en silencio
resbaló una lágrima.....

Un momento las gentes fijaron
en tí sus miradas
y una alegre sonrisa fingiste
mientras en tus lábios se escondió la lágrima...

¡desde entónces, hermosa, comprendo
por qué hay en el mundo sonrisas amargas!...

Quisiera ser—decía entusiasmado—
la movediza arena
que tu ligero pié pisa suave
grabando linda huella:
quisiera en su contorno refugiarme
y tu sin par belleza
un momento sentir que me aplastaba
y tu planta besar en su carrera.

Le interrumpió la tos; detuvo el paso,
volvió la cara..... y escupió en la huella.

El trance era apurado; fuí á verlo
y estaba confundido,
sin solución hallar para librarse
de tan fatal conflicto.
Su situación me expuso en mí fiando
como en leal amigo,
mas ni un medio encontré que usar pudiera
para prestarle auxilio.
Agradeció mi afán y un fuerte abrazo
me daba al despedirnos.
Pasó el tiempo, y al fin, por los extraños
caprichos del destino,
pude salvar su honor.... ¡Sólo lamento
que luego lo ha sabido!.....

Al darnos el primer beso
se conoce á la mujer:
la que no *sabe* besar
es porque *sabe* querer.

Estaba la iglesia oscura,
las capillas solitarias
y las sombras se extendían
con proporciones fantásticas.
Solo el murmurio del rezo
de sus lábios se escuchaba
y los gemidos del viento
que moría en las ventanas.
Los santos, que en sus retablos
entre las sombras se alzaban,
creí que hacía mí severas
dirigian sus miradas:
el sudor bañó mi frente
y con temor en el alma

abandoné el santo templo
sin atreverme á mirarla.

Luego supe que dijo al preguntarla
por qué me despreciaba—¡Si es tan soso!
una vez hallóme sola y no me dijo nada!

Sobre la amplia cheslón con él hablando,
las gentes todas su perfidia vieron;
era noche de invierno, en los cristales
con fúria atroz se retorcia el cierzo.

Hoy cercada de amigos y de amigas
el pésame le dán; su esposo ha muerto.
Y á todos les responde inconsolable:
—¡Qué desgraciada soy; era tan bueno!.....

Estaba siempre muy triste;
siempre la encontré llorando.
Tenía un alma muy grande
y fué el dolor muy amargo.

Hoy está ya consolada
y al verla reir sin espanto.
La *compadeció* una amiga.....
Desde entónces no ha llorado.

MANUEL PINILLOS SERRANO.

Zaragoza Enero de 1908.



Desde Madrid

Muchas gracias, señores, muchas gracias.
Porque, supongo que no á todos ustedes les habrá
sido indiferente la autobiografía publicada en el
número 23 de este periódico, el sábado pasado.

Y no es de creer desprovista de fundamento mi
presunción, si se tienen en cuenta las efusivas ma-
nifestaciones de júbilo, de que he sido objeto por
parte de mi numerosa familia, (la constituimos cua-
tro individuos; al por mayor), Y como el juicio que
los míos han formulado, si bién justamente apasio-
nado, ha tenido también que ser necesariamente,
benévolo, calculo que el de los lectores de PROSA Y
VERSO, ha sido aun más indulgente, desde el mo-
mento en que no tengo noticia, por nuestro Direc-
tor, de que se haya iniciado una desbandada entre
los numerosos é ilustres suscriptores que pudieran
considerarse defraudados en sus derechos al ver
que periódico de tan elevadas miras y sostenido por
plumas brillantes, acogia en sus columnas un ar-
tículo tan insulso en el fondo como chavacano en la
forma.

Creánme ustedes que me temía un palo... litera-

rio por parte del propio Director, recomendándome que abandonara el estro y que de seguir escribiendo, lo hiciera para la familia, que él bien conoce y sabe cuánto la halaga poder leer algo de lo que yo pienso (por lo acostumbrada que está á oírme apenas, de puro reservado que soy) pero no para el público que honra su periódico y que merece mucho más de lo que yo puedo darle. Está pues reconocida la bondad del lector abulense que me ha permitido sin protesta, (manifiesta al menos), divulgar mi historia inocente.

Entre mis amigos, no ha faltado tampoco la benevolencia al criticar mi trabajo. Sus juicios han sido sinceros y leales. Hay quien me ha dicho que lo que más le gusta es el fotograbado; que me han sacado muy bien el parecido y hasta ha adquirido un número para recortar mi retrato y conservarlo. Me hace justicia; no me adula, pero me quiere.

Otros en cambio, han aprovechado la oportunidad para darme cariñosos arañazos, recomendándome que perseverare, que continué escribiendo, para que... me desengañe. ¡Falsos! ¡Si más que ellos conozco yo lo que no puedo hacer!

Con qué pena tengo que exclamar como la conocida doncellita ¡Quién supiera escribir! Porque, parece cosa fácil (y deberá serlo de seguro para los que en su cerebro tienen sustancia gris, pero no para los que como yo saben que existe el talento, por manifestaciones ajenas) pero parece cosa fácil, repito, exponer en unas cuartillas de papel, aquello que uno piensa, y sin embargo á mí se me hace obra de romanos. Y esa dificultad crece si lo que trato de exponer va dirigido, no al amigo que aceptará sin reparos mi lenguaje vulgar, sino al público, al desconocido, á quien no sé si le agradará, le interesará ó llegará á convencerle aquello que le digo, pero de quien sé de antemano que no ha de consentirme le hable con igual familiaridad que al camarada; que exige con razón, por lo menos un tono humilde y respetuoso. Así es que careciendo del don preciso para adornar el pensamiento, al transcribirlo, solo por audaz atrevimiento y fiado en la indiferencia que el lector ha de mostrar al ver mi firma, me aventuro á hacer públicas mis ideas, pero de tarde en tarde, porque me vence el miedo de importunar.

Careciendo de aptitudes, es verdaderamente abrumador el trabajo de quien pretende transpasar los umbrales de la literatura y más aún de la poesía, pues para dar forma bella á la expresión, precisa sentir la belleza misma y esto solo se adquiere cultivando el espíritu, estudiando el trabajo de los maestros y desentrañando sus obras por el análisis hasta comprenderlas.

Solo entonces y en privado puede uno dar los primeros pasos, aunque sin dejar los andadores, en el camino del arte y más adelante, habituados ya á transcribir lo que pensamos, podemos permitirnos decir al público.—Esto sé hacer—¿te parece bien? Pero sin otra cultura intelectual que el ligero barniz que nos da el trato de gentes, el manifestar al público lo que se piensa en la forma tosca y vulgar que se siente, supone un delito de lesa... urbanidad y en el pecado llevamos la penitencia, porque, cuando menos, ni siquiera conseguimos que se nos lea.

Por eso cuando cediendo á cariñosas instancias del ilustre Director de este periódico trato de hilvanar

algo que responda á su llamamiento y logre aunque no merezca, el honor de la inserción; ¡qué de sudores! ¡qué de apuros! Coloco unas cuartillas sobre la mesa, las menos posible, para no asustarme ante la obligación de llenarlas todas y cuando creó que acuden en torrente y embarulladas multitud de ideas, tomo la pluma, como si tratase de cazar al vuelo alguna de ellas y de pronto exclamo: «Ya tengo asunto». Si, si; apenas me he fijado en él, parece que se desvanece y hasta que huyen las palabras para exponerlo; y antes de emborronar la primera cuartilla me detengo cien veces vacilante; como las mujeres cuando escriben una carta, aunque sea á su amiga más íntima, que antes de trazar la primera mayúscula (suponiendo que no empiecen con minúscula, que se dan casos) se pasan un cuarto de hora con la pluma en la mano haciendo rasgos caprichosos, á dos dedos del papel, hasta que al fin se deciden y.... *Mi querida*....

Igual me sucede; si pretendo narrar el suceso que más conmueve la opinión en aquellos momentos; el hecho más saliente; algo en fin que me ahorre el esfuerzo imaginativo de buscar *asunto* por verdadera fuerza intelectual; no encuentro manera de darle forma literaria; to lo que escribo me parece trivial, sin substancia, huero, y es que aparte la ausencia de los indispensables elementos, reflejo en mis escritos mi carácter reservado; mi expresión es concisa, lacónica y si el estilo es el hombre, ya sé de que se me calificará, de *vago*; tan vago é indeterminado es el mío.

No es tarea fácil hinchar un perro pero aún encuentro más difícil hinchar una noticia; extenderla, abultarla, darla á conocer al público vestida en forma galana y brillante para que por sencilla que sea y aun falta de interés, excite la curiosidad, y agrande y hasta si se quiere, apasione, levantando los ánimos, incitando al comercio, y dando origen á la controversia. ¿Es la noticia en sí, desnuda, la que ha movido las pasiones? no, generalmente. Es la forma en que nos la han presentado, pues de otro modo tal vez hubiera pasado inadvertida. De ahí que la labor del literato sea artística ante y sobre todo.

Cuantas veces se defiende con calor un verdadero sofista, revistiéndolo de tal manera que oculte su verdadera finalidad y el lector, atraído, subyugado por esa forma artística con que el literato lo cubre, queda cautivo del error sin darse cuenta. Aquella idea equivocada, expuesta en estilo claro, sonoro, elegante y bello, interesa tal vez más y se saborea con más deleite, que una verdad inconcusa presentada en su franca desnudez, sin alobos péticos, por inhabilidad ó por ineptitud.

Practicando pues la sabia sentencia del filósofo de Estagira debo abstenerme prudentemente de comunicar por escrito al público mis impresiones y el lector de este semanario lo agradecerá, porque evita un momento de hastío.

Luis González Núñez.

Madrid-Febrero 1903.



Bibliografía.

Apuntes para la flora del partido judicial de Olmedo.
—Memoria presentada para aspirar al grado de
Doctor en Farmacia por Daniel Gutiérrez Mar-
tin.—Avila —Tipografía de Benito Manuel.—1908.

Estos libros de ciencia en que el autor nos ofrece el fruto sazonado de sus investigaciones, que germi-
nó y maduró al calor de la experimentación, tienen
un singular encanto. Mi espíritu, audaz viajero á
través de los intrincados pero bellos y floridos cami-
nos de los libros, pocas veces ha encontrado uno co-
mo éste, de méritos tan fehacientes, y palmario. Si
las obras imaginadas tienen la poesía atrayente y
enigmática de los sueños; estas obras, gemelas del
libro del Dr. Gutiérrez, tienen una poesía aún más
intensa y duradera, porque tienen la poesía de lo
vívido. En ésto radica, á mi juicio, el principal mé-
rito del libro del Sr. Gutiérrez, porque á medida
que se lee se va persuadiendo nuestro ánimo de que
se ha escrito despues de largas horas de penoso tra-
bajo, en la árdua tarea de sorprender á la naturale-
za sus secretos; secretos que al ser trasladados al li-
bro como en éste caso, redundarán en beneficio de la
humanidad que sufre.

No he de intentar, porque me falta tiempo y es-
pacio para ello, y además porque nunca estuve en
Olmedo, examinar científicamente éste hermoso li-
bro que he leído de un tirón, pero sí quiero que se-
páis que algunas especies son por primera vez clasi-
ficadas botánicamente, debiéndose el que nos haya
sido revelada su existencia al propio Dr. Gutiérrez.

Además éste libro no nos atrae solamente por su
ciencia con ser ésta tanta y revelarnos la copiosa
erudición científica de su autor, sino porque también
es un libro de juventud y de patriotismo. Que es de
juventud, y de juventud sana y vigorosa, nos lo di-
ce su amor por la naturaleza y sus amargas quejas,
(quejas que han producido en mí un estremecimien-
to de indignación) cuando vé que los hombres des-
truyen con insensatez lo que prodigamente se les
ofrece y que es un manantial inagotable de abun-
dancia. Y en prueba de ésto que os digo leed éstas
palabras que refiriéndose á la destrucción de las es-
pecies *Pinus Pinei* y *Pinus Pinaster* consigna el
Sr. Gutiérrez en su obra y que son todo un poema
de dolor. «Atendiendo á éstos inmensos benefi-
cios y otros no menores, como la influencia en el
buen régimen de las aguas, de la salud de la pro-
ducción regular de llúvias, etc. ¿no debieran ser cui-
dados con esmero y hasta con veneración, éstos pre-
ciosos árboles?

»Desgraciadamente no ocurre así, excepción de
los montes ordenados y muy pocos, contados, de
particulares, las cortas se dirigen y practican con
tan poquisimo acierto, que parece se trata de un
enemigo perjudicial de quien cuanto ántes conviene
deshacerse.»

Que es de patriotismo no necesita demostración:
basta saber que el Sr. Gutiérrez es de Olmedo, y
que precisamente al alcanzar el grado supremo en
su carrera, no halla nada más digno de ofrendarnos
que descubrirnos la flora de la tierra que le vió
nacer.

Y no terminaré sin felicitar con efusión á nuestro
particular amigo por su concienzudo y utilísimo
trabajo, y enviarle el testimonio de nuestra gratitud
por la deferencia que con PROSA Y VERSO ha tenido
al dedicarnos un ejemplar de su obra.

LUIS CRESPO.



De la vida del corazón

Inconsciencia amorosa

Estáis junto á la mujer que os quiere,—que creís
que os quiere,—y vuestro corazón siente el grato
arrobamiento de las horas felices, horas de amor y
de promesas. ¿Habláis? Os es igual; no os hace falta.
Promesas y amor se dicen más que con los labios
con los ojos. Y la mujer que vosotros quereis os mi-
ra. Y la mujer que vosotros mirais os quiere... Lo
creéis al menos.

«Pero habeis hablado; la palabra, esta enemiga de
la idea, que la persigue siempre y nunca la refleja-
fielmente, ha querido dar expresión á vuestro cari-
ño. Y á vuestros labios se ha asomado noblemente
el amor.»

¿Qué habeis dicho?... Cuando aun suena el eco de
vuestra voz ya lo ignorais. Sólo sabeis que vuestros
labios han obedecido á vuestro corazón; que éste
ama y que aquellos lo han dicho; que vuestros ojos
han buscado amor en otros ojos, y que otros ojos se
han visto en los vuestros.

... ¿Pero podriais repetir vuestras palabras? Na-
da; ya no las recordáis: han sido un relámpago de
inconsciencia que subió desde el pecho á la frente y
buscó portavoz en la boca; que dejó su rayo de luz
en vuestras miradas brillantes, y que se apagó lue-
go... ¡todo sin que la voluntad haya sido factor, ni
testigo, ni nada! Acabais de ser un juguete de vuestro
corazón.

Y habeis enmudecido de nuevo, y otra vez ha-
beis caído en la veneración silenciosa de la mujer á
cuyo lado estais.

¿Es la misma de antes? Os parece que una ráfa-
ga de preocupación anubla su rostro; que en sus
ojos hay una opacidad extraña; que os oculta algo...
En seguida se os ocurre que habeis sido indiscretos.
¿Habeis revelado en vuestras palabras un grado
más del afecto que cabe en la consideración? ¿La
habeis ofendido? Rechazais la idea. Os abofeteais
con cualquiera que negase vuestra corrección, y no
podeis transigir con la probabilidad de haber sido
incorrectos. No, vosotros no habeis dicho nada in-
conveniente... Pero haceis esta información sin sa-
ber si teneis derecho para hacerla, puesto que igno-
rais lo que hace un momento habeis dicho. Lo afir-

mais no obstante... ¡Quiere vuestro corazón que lo afirméis!

Y sigue ese tiranuelo disponiendo de vuestras facultades, como dispone el niño del juguete mecánico.

Si vuestras palabras—pensais—no han sido la causa, ¿qué es lo que ha puesto esa pátina de tristeza en los ojos de la mujer querida?... Vuestra razón en conjeturas peligrosas. ¿Es que ha sonado la fatal hora del hastío en el reloj de vuestra dicha? ¿Es que en la frente de vuestra compañera revive punzador el recuerdo de algún amor perdido? ¿Es que compara, es que desestima, es que padece, es que no ama?... Y en un arranque de pasión recelosa, os aventurariais á sondear en su conciencia virgen; virgen quizá.

Una noble mirada suya os ha contenido y ha deshecho el torbellino de vuestros pesares. Estabais ofuscados. ¿Por ventura no es aquella su misma expresión amorosa? ¿No son aquellos los mismos ojos que os hacían olvidar la vida? ¿No os brindan ahora la ofrenda generosa de un alma, echándoos en cara vuestra vacilación? ¿No son buenos?...

Pensais todo esto simultáneamente, con la celeridad de un rayo que pasa. Y, arrepentidos de haber sido un momento infelices por admitir la duda, volveis á la veneración de la mujer amada y levantais en vuestro corazón altares para su cariño. La palabra «santa» revolotea, hecha luz, en vuestro cerebro...

Pero yo os digo que esa fé que poneis en el objeto de vuestros amores es también una cosa inconsistente. ¿que razón os asiste? Si os engañasteis al adivinar en su rostro el hastío, ¿no podeis haberos engañado al leer el amor en sus ojos?... Vuestra convicción nada pone en esa credulidad bienhechora. Obra de vuestro corazón es todo. De vuestro corazón, que necesita creer en su felicidad para ser feliz... ¡Sois unos esclavos!

BONIFACIO CHAMORRO.

Madrid-II-908.



LUIS CRESPO

La sabia Naturaleza, siempre prolífica y generosa, no podía, en justicia, privar á la tierra abulense de la flor exótica, clorótica, neurótica, del Modernismo. ¡Flor envenenada y venenosa cuyos hálitos metíficos intoxican el Arte!

En la matinal fresca de los 24 de Agosto de 1885 nació Luis Crespo de Dorda.

Juzgando interesante para el público cuantos datos referentes al Sr. Crespo pudiera adquirir, me

lancé dias pasados á *entrevistarle*, aun á riesgo de alarmar un poco su natural modestia.

Y en efecto, nuestro biografiado, á mis varias preguntas, respondió amablemente, declarándome, con la ingénua llaneza castellana que le caracteriza, que su juventud, como muchos bustos femineos, carecía de relieve.

Por las autobiografías publicadas en PROSA Y VERSO, ya habrán observado los lectores que de mal de prosaismo adolecen ¡ay! muchas existencias. Jamás se encasillaron y reglamentaron tanto como en nuestros cacareados tiempos de libertad. Sólo algún génio, algún loco, nos asombra, y esto *rara avis*, con hechos sensacionales llenos de altibajos y cambios bruscos.

¡Pero el historial de la *infelice* clase media!... Se condensa y resume en cuatro rítmicas vulgaridades: durante la juventud, escuela, colegio ó instituto, universidad, hacer *novillos*, echarse *novillas*, una peseteja los domingos, y el título, la carrera, ¡después del suicidio intelectual que significa adquirirla en España!... Consolémonos con que tampoco el prócer ni el proletario suelen pasarnos con aventuras inusitadas de las que imponen la admiración: el hambriento, harto de miserias, pone fin á sus duelos levantándose la tapa consabida; el millonario aristócrata, luego de correrla bien por esos mundos, termina por casarse... suicidio también. ¡*Todos somos unos!*

Pero no divaguemos.

Luis Crespo, ó si queréis mejor, *Isul Pocres* (anagrama que adoptó en *El Eco del Adaja*), titulóse bachiller á los trece años; á los veinte se licenció en la carrera de Farmacia, y frisa actualmente su juventud en los veintitrés.

Por cierto que al facilitarme el Sr. Crespo estos datos me pareció que marcaba con burlona sonrisa un contraste ó aparente divergencia entre su carrera y sus gustos refinados. No existe tal contraste; pero suponiendo que existiera, ¿como extrañarlo si reparamos en el doble personalismo de los más eminentes escritores: en Pío Baroja, por ejemplo, panadero y novelista; en Vicente Medina, poeta y escribiente del Arsenal de Cartagena; en Pereda, clásico prodigioso y fabricante de jabones; en el insigne Pérez Galdós, maestro mundial de la novela y... comisionista cuando viaja por el extranjero, y tantos otros? ¿Por qué no admitir en dulce ayuntamiento dentro de la honrosa profesión del Sr. Pocres alquitaradas aficiones artísticas?

Tornando á su biografía, durante su época estudiantil en la Corte, singularizóse el Sr. Crespo entre los compañeros por sus nada comunes facultades discursivas, demostradas sin engreimiento en diversas juntas y reuniones escolares. La Oratoria es lo que más admira en los demás, y lo que más admiran los demás en el Sr. Crespo, siendo buena prueba de ello el discurso sobre el *Quijote* que pronunció á raíz del Centenario de Cervantes en el *Casino de Hijos del Trabajo*, y el del curso inaugural de 1906-1907, en este mismo Centro, del que era bibliotecario, como encargado por la Junta directiva de organizar los estudios en la escuela de *Artes y Oficios*, en la que ocupó con general aplauso la cátedra de *Química industrial y agrícola*.

Con ser grandes los méritos oratorios y profesio-

nales del Sr. Crespo, aún ostenta otros mayores: los de escritor atildado y moderno.

Aficiones literarias desde niño las mostró bien despiertas, leyendo, devorando novelones terroríficos, emocionales relatos de Fernández y González, Pérez Escrich y del nunca como se debe alabado caballero, D. Ramón Ortega y Frias, más Frias que Ortega, según el simpático Arenzana, *alma de la Sociedad*.

El Eco del Adaja dió cabida á los primeros plumíferos pinitos del Sr. Crespo. Todavía recordareis, bellas lectoras, las *Instantáneas* que os dedicada galante, entreverándolas de cuentos y artículos. Después escribió en el *Figaro* de crítica literaria; y el *Diario de Avila*, en una de sus fases ó etapas anteriores, también insertó composiciones suyas.

Queriendo hacer por la patria chica algo de lo que á juicio de muchos le conviene, lanzó el verano último á los cuatro vientos de la publicidad *Gente joven*, semanario que al segundo número dió con todos sus juveniles arrestos en tierra. Acháqueló el Sr. Crespo más bien que á falta de *vil metal*—las *beatias* en esta tierra no escasean, digan lo que digan—á la modernidad que en *Gente joven* palpita. El Sr. Crespo, finalmente, ha favorecido las columnas de *PROSA Y VERSO* con algunos trabajos; pocos... porque el Sr. Crespo, deber nuestro es confesarlo, es... algo vago... Pule tanto sus escritos que nunca los termina. Prefiere leer á producir.

No diré yo que sea el más asiduo de la media docena de lectores avvicindados en Avila, según afirma un amigo mio, quien añade que aquí solo interesan tres periódicos: *El Liberal* por los *Casos y cosas*; *A. B. C.* por los *Pasatiempos* de Melitón González; y *Los Sucesos* por los crímenes terroríficos. No; no es cierto; se lee algo más. Mi amigo es un majadero. Y ahí está Bruno Sancho quien no solo alquila sus libros.... sino que se quedan con ellos los lectores.

Pero que el Sr. Crespo resulta un *pequeño* bibliomano, es verdad inconcusa y—digámoslo con muletilla salmeroniana—*le todo punto incontestable*. Su estómago intelectual todo lo digiere, fuera de la lectura de algunos somníferos clásicos con los que se le abre bostezante hasta la boca del estómago.

Yo le he visto, combato el espinazo, ante el escaparate de libros y *quincalla*, *bisutería*, *jugueteos*, *perfumería*, *guantes* y *objetos de escritorio* de Lucas Martín. Yo le he visto pasarse largo rato, resistiendo, sin duda la sorda lucha que en su espíritu entablaban la economía y el amor á la literatura. De estas batallas internas del Sr. Crespo siempre sale, indefectiblemente, derrotada la primera, y el Sr. Crespo del establecimiento con el suspirado ejemplar en la mano, cortándole las hojas con los dedos.

Espíritu inquieto y curioso, busca enamorado la belleza, y donde quiera que la encuentre la admira, en Blasco Ibañez, como en la Sra. Pardo; lo mismo en la sencillez campesina de Gabriel y Galán, que en el satanismo de Baudelaire. Cortés con todas las ideas, es un célibe en literatura que no se casa con nadie, lo cual no implica heterofoxia de ningún género, pues su modernismo nada tiene que ver con el de algunos *temibles* iconoclastas, con un Nietzsche en la barriga, que hasta de su progeñie reniegan, y ponen luego sobre su cabezas á la Quimera y á los dios Pan.

No. El modernismo del Sr. Crespo, propiamente *diletantismo*; se distingue por un delicado amor á la forma impecable y original, por la expresión suave y mimosa que emplea, por el vago y misterioso encanto de las cláusulas, no obstante constituir el fondo de sus escritos, generalmente, una nonada, una bagatela.

Demasiado sabe el Sr. Crespo que el Arte, como ha dicho Benavente en *Los intereses creados*, es ya muy viejo, y chochea, y torna á lo primitivo.... que si la Historia, según se ha repetido con ocasión de la recientísima tragedia portuguesa, no es más que «repetición de los mismos hechos» el Arte, y las casas de huéspedes, siempre han sido, son y serán, repetición de los mismos *patrones*.

FEDERICO P. OLARRÍA



—Central, comunicación con *El Diablo*.

—¿Eh?

—Sí, señora con *El Diablo* Cajuelo.

—¿Es V. *El Diablo*?

—Soy su hijo. Mi padre está enfermo.

—Pues dígame que me mande enseguida los *Écos*.

—Que le dispense V. porque como está en cama no los ha podido hacer.

—Paciencia y que se alivie.

¿Y qué hago yo ahora? ¿De donde saco yo unas cuantas noticias para saciar la curiosidad de nuestros lectores? ¡Si tuviera yo una *paloma* que me sacara de apuros?

Quizás el *Perico* de mí casa, el que la suerte me deparó en la rifa del Mercado Grande, pueda servirme en este caso.

Probemos. ¿*Periquito* que me cuentas de nuevo?

(El *Perico* no se inmuta.—Repito la pregunta y él sin duda por no comprenderme bien, me atizó un picotazo en un dedo que me hace dirigirle en vez de otra pregunta una serie de interjecciones.—La criada que contempla la escena, rie á mandíbula batiante y encarándose conmigo me dice:

—Pero, señorito, ¿está V. loco? ¿Cómo quiere usted que ese pajarraco le cuente nada?

—Tú que sabes de estas cosas!

—Puede que de esas no sepa nada, pero de otras sí que sé.

—¿Qué sabes?

—Pues toma lo que oigo en la plaza.

—A ver, á ver, cuéntame.

—Pues mire V. he oído que aquel inspector de policía que hubo aquí y que creo se llamaba Antonio Díaz Canseco, ha sido ascendido á Inspector de primera clase en Bilbao.

—Bravo, mujer, tu vas á ser mi salvación. ¿Y qué más?

—Que también ha ascendido, el Ingeniero D. Cipriano Sainz Martin.

—¡Bravisimo! Sigue, sigue.

—Que el abogado del Estado, D. José A. Ubierna ha sido trasladado á Madrid.

—¿Sabes que ahora me esplico la causa de que cuando vas al mercado, no te acuerdes de volver á casa?

—Si todo eso lo oigo al pasar.

—¿Y no sabes más?

—Si señor, he oido que algunas señoritas están haciendo ya preparativos para los bailes del Casino y que otra...

—No, no sigas que eso ya lo sé.

—También he oido que muy pronto se celebrará la boda de una señorita que reside cerca del Mercado chico cuyo nombre me han encargado no diga por ahora.

—Continúa.

—Si señor que continuaria, pero el arroz se pega y la señorita no va á tener en cuenta que he estado prestando tan importante servicio.

—Bueno, pues yo en pago al que me has prestado, te prometo costearte la entrada para el *Trimpel*.

—¡Adiós, Rochili! ¡Ah que se me olvidaba decirle....

—¿Qué?

—Que ya no se habla de Arcos.

Por mi criada que no sabe firmar

Carrizo.



El exceso de original nos impide publicar la sección de **Espectáculos**.

Nuestro distinguido colaborador D. Angel Macias Rodriguez, ha sido nombrado Redactor-Jefe de *Tierra Soriana*, por lo que le enviamos nuestra sincera enhorabuena.

NECROLOGÍA

El jueves último falleció en esta ciudad, nuestro particular y querido amigo D. Vicente Godino, persona apreciadisima por su excelente y cariñoso trato.

A su viuda, la Sra. Doña Victorina Valdivielso, á sus hijos Doña Teresa y D. Eduardo, á su hijo político D. Carlos Goñi, y á toda la familia del finado, enviamos el más sentido y sincero pésame por la desgracia que les aflige, y en la que tomamos

parte muy activa, por el verdadero afecto que profesábamos á nuestro infortunado amigo.

**

Igualmente enviamos nuestro pésame á la distinguida Señora de Fernandez Vallesa, por el fallecimiento de su Señor hermano, ocurrido, recientemente en un pueblo de la provincia de Toledo.

**

También falleció en Avila el pasado jueves, el funcionario de la Depositaria de Hacienda, de esta provincia, D. José Oviedo, en cuya oficina venía prestando sus servicios desde hace muchísimos años.

Reciba nuestro pésame toda la familia del finado.



M. P.—Zaragoza.—Recibida su carta y enviado número que me pide.

P. A. M.—Sevilla.—La Redacción agradece sus atenciones. *El Amigo Manso* no ha hecho más que justicia. Su precioso soneto irá el próximo número.

J. J. de C.—Velez Rubio.—Su composición se publicará muy en breve.

C. B.—Guernica.—Gracias por sus envios, que como todos nos han satisfecho. ¿Tiene V. retrato y quiere remitirle para su publicación?

J. H.—Madrid.—Recibido el importe de la suscripción hasta fin de Marzo.

R. L.—Madrid.—Nos tiene V. olvidados por completo.

Z. V.—Segovia.—Procuraremos complacerle.

J. R.—Avila.—El Sr. á que V. se refiere no pertenece á esta Redacción.

M. M.—Burgos.—Remita el libro y el *Amigo Manso* se encargará de satisfacer sus deseos.

F. A.—Madrid.—Ni eso es modernista, ni clásico, ni poesia, ni nada. Sencillamente es... una porquería y dispense la franqueza.

M. D.—Madrid.—Hecha la remesa oportunamente y recibido su importe.

Agramante.—Avila.—¿Seguidillas amorosas? Guardelas y que se entere ella solamente.

Manolito.—Avila.—¿Conque se ha hecho V. poeta? Dispense *Manolo* que no lo sabía.

G. S.—Palencia.—Corrigiendo algunos defectos, podrá publicarse.

EL CARTERO.